

LA EXTRAÑA GEOGRAFIA DE LOS GRIEGOS

P O R
NURIA SUREDA CARRION

En las antiguas fábulas, en los mitos donde están expresados los conocimientos de los antiguos griegos, se observan ciertos conceptos geográficos tan absurdos para el científico actual, que suelen achacarse a la ignorancia de los antiguos. Indudablemente, existe un fondo de ignorancia desde el punto de vista moderno, pero no un desconocimiento geográfico tan grande como se supone. Los antiguos griegos conocían perfectamente la geografía circunmediterránea, aunque sus conceptos eran distintos —menos científicos, diríamos actualmente— y manifestados con palabras que hoy tienen para nosotros un sentido completamente diferente: estas diferencias conceptuales forman el núcleo del problema que deben resolver los científicos actuales, si desean saber lo que conocían y lo que ignoraban los escritores antiguos. El día en que consigamos comprender el concepto griego, y dar a cada palabra el sentido que se le daba en su tiempo —teniendo en cuenta que, muchas veces, no es tampoco el tiempo del historiador que nos transmite la antigua fuente—, el progreso científico en el conocimiento de la historia antigua aumentará rápidamente.

¿Quién —actualmente— puede aceptar como supuesto «científico» que un río de Grecia, el Alfeo, llevara su corriente bajo el Mediterráneo para volver a surgir en la isla Ortigia? Sin embargo, es un concepto mítico reflejado en varias fuentes. Por ejemplo, en los Idilios de Mosco VII, se lee (1): *«El Alfeo, allende Pisa, fluye hacia Aretusa, impulsando su*

(1) Hesíodo: *Teogonía - Idilios de Bión - Idilios de Mosco - Himnos Orficos*, edición Porrúa, núm. 206, 4.ª ed., México, 1978.



onda... hiende profundamente las ondas y corre bajo el mar sin mezclar sus aguas; y el mar no le siente pasar... Así fue como Eros... pudo, por la fuerza del amor, enseñar la natación incluso a un río». Escribiendo también Píndaro (Nem. 1.^a): «Tierra sagrada donde el Alfeo vuelve a ver la luz, ramificación de la ilustre Siracusa, Ortigia».

Este concepto, tan poco científico desde el punto de vista moderno —ríos que atraviesan el mar o incluso todo un continente sin dejar de ser el mismo río— se ve reflejado nada menos que en el Padre de la Historia, en Herodoto (II, 33) cuando dice (2): *«Empieza el Istro (o Danubio) en la ciudad de Pirene desde los celtas, los que están más allá de las columnas de Hércules, confinantes con los cinesios —(los cinetes, citados también por Herodoro junto con los gletes, tartesios y otros pueblos ibéricos)— último pueblo de Europa, situado hacia el Ocaso, y después de atravesar toda aquella parte del mundo, desagua en el ponto Euxino, junto a los istrienos, colonos de los milesios». En otro lugar, Herodoto (IV 48-49) repite lo mismo: «El Danubio o Istro, río el mayor de cuantos conocemos... el gran Danubio va recorriendo toda la Europa, empezando desde los celtas, que exceptuados los cinetas son los últimos europeos que viven hacia Poniente, y atravesada toda aquella parte del mundo, viene a morir en los confines y extremidad de la Escitia».*

Es decir, afirma que el Istro empieza en la ciudad de Pirene, relacionada en la leyenda con los Pirineos: debemos recordar que, según el concepto de los clásicos, esta cordillera pirinaica se extendía de norte a sur de nuestra península sin solución de continuidad. Plutarco llama a los vecinos de Cástulo «pirisenos». Vemos también que Herodoto sitúa a los celtas «más allá» de las Columnas de Hércules, lindando con los cinetas —que podrían ser los cinetes ibéricos— por lo que, para mí, está bastante clara su alusión a las costas ibéricas. Precisamente, el mismo Herodoto (I 163; IV 8 y IV 192) nombra en otros lugares, Tartessos, Iberia, e incluso Gades: lo que demuestra ciertos conocimientos geográficos del occidente, evidentes también en otros textos en los que alude al Océano y que comentaremos más tarde.

Ahora bien: aunque el concepto de Herodoto sobre el río Istro sea erróneo, en cuanto a una continuidad que no existe, no podemos atribuirlo a un total desconocimiento geográfico. Es necesario buscar otras causas. ¿Cuál podría ser la causa del concepto griego sobre estos ríos interminables? Según mi opinión —tal vez excesivamente simplista, como siempre—

(2) Herodoto: *Los nueve libros de la Historia*, ed. Porrúa, núm. 176, 2.^a ed., México, 1974, traducción del P. Pou.



podría ser por dos motivos fundamentales: 1.º) Topónimos repetidos en lugares opuestos que inducen a creer en una relación que no existe; 2.º) Reflejo de antiguas relaciones comerciales en las que los ríos jugaron un papel tan importante como lazo de unión.

Un dato interesante que podría confirmar la importancia de los topónimos repetidos, lo tenemos en la famosa expedición de los Argonautas, que en su periplo de regreso remontan el Istro o Danubio para arribar a su punto de partida tras un intrincadísimo itinerario.

Oigamos la opinión de Diodoro (IV 56, 3-5): «No pocos escritores antiguos y modernos, entre quienes también se encuentra Timeo, dicen que los Argonautas, después de robar el vellocino, al saber que Eetes (¿Aletes?) había ocupado con sus naves la entrada del Ponto, llevaron a cabo una empresa asombrosa y digna de memoria. Pues habiendo remontado el curso del río Tanais —(no sabemos con seguridad el nombre actual de este río, las opiniones se dividen entre el Don, el Elba y el Rin)— hasta sus fuentes, y después arrastrado la nave a través de cierto trecho, descendiendo por otro río que fluía al océano, navegaron hasta el mar, se dejaron llevar desde las osas (el N.) hasta el occidente, teniendo la tierra a la izquierda, y vinieron a salir a nuestro mar en las cercanías de Gadir. Y ofrecen pruebas de todo esto, indicando que los celtas que habitan junto al océano veneran a los Dioscuros sobre los demás dioses; pues mantienen de generación en generación desde tiempos remotos la tradición de que estos dioses llegaron desde el océano. Y que la región situada junto al océano conserva múltiples denominaciones tomadas de los Argonautas y los Dioscuros. Y que, de modo algo semejante, la tierra firme de al lado de acá de Gadir conserva visibles huellas de su retorno».

En realidad, es posible que actualmente no puedan calificarse de «múltiples» las denominaciones tomadas de los Argonautas «acá de Gadir» (al parecer, Cádiz): sin embargo, es interesante constatar que un río murciano conserva todavía el nombre de Argos, es decir, el de la nave de los Argonautas. Otra cosa curiosa es que Polibio (X 10) menciona en Cartagena «la colina de Aletes (¿Eetes?), quien por haber hallado las minas de plata, según fama, logró los honores divinos». En la traducción de la Odisea que utilizo (3) describiendo los peligros del estrecho dice Homero (canto XII): «Tan sólo logró doblar aquellas rocas una nave surcadora del ponto, Argos, por todos tan celebrada, al volver del país de Aletes (Eetes); y también a ésta habríala estrellado el oleaje contra las grandes

(3) Segalá Estellés: Homero - Iliada, Odisea, Himnos, Raíz y Rama, Janés, Barcelona, 1943.



peñas, si Hera no la hubiese hecho pasar junto a ellas por su afecto a Jasón». Considerada como diosa de la tierra y señora de los Infiernos, Hera fue neverada en Argos, Samos, Micenas, etc. Uno de sus símbolos característicos es el pavo real: en las costas murcianas, en Portman (¿de «porthmeus» o «porthmos»?) fue hallado un espléndido mosaico —de una villa romana, según los especialistas— con la figura de una diosa y varios pavos reales hermosísimos.

Precisamente, menciona Avieno (Ora Mar. 241 ss.) en el territorio tartésico un templo «consagrado a la Diosa Infernal». También al habernos Plinio (IV 120) de la isla Erytheia, situada por los mitógrafos en el Ocaso, nos dice: «Es llamada Erytheia por Ephoro y Philistides, por Timeo y Silenus Aphrodisias, y por los naturales Insula Iunonis». Juno es la divinidad latina equivalente a la griega Hera, es decir, nuevamente vemos surgir junto al estrecho esa isla de Hera, la diosa que ayudó a Jasón. De esa isla que «los naturales» llaman de Juno, Plinio dice: «nosotros la llamamos Tartessos».

Incluso suponiendo que los hallazgos arqueológicos de Portman pertenezcan a una villa romana, y no a un templo más antiguo que pudo perdurar hasta época romana, no deja de ser una curiosa coincidencia que viene a sumarse a la existencia del río Argos. Si a todo ello añadimos la colina de «Aletes», me veo tentada a considerar que «la tierra firme del lado acá de Gadir» conservaba ciertas huellas de los Argonautas, como dice Diodoro. El «Aletes» de la Odisea (canto XII) es traducido «Eetes» en otras ocasiones (4) destacando algunos autores su equivalencia etimológica, Aidés o Hades, el rey de las sombras. Es decir, que los Argonautas se dirigen al más allá, al Ocaso, el mundo de los muertos: al Tártaros, nombre que Estrabon (III 2, 12) supone que Homero tomó de Tartessos.

Precisamente la «riqueza ibérica» impulsó a Posidonio a decir (Estrabon III 2, 9): «En aquellos sitios, efectivamente, el mundo subterráneo parece ser habitado, no por Hades, sino por Plutón». Plutón era el dios de la riqueza y también otro nombre de Hades.

Al terminar de describir las Baleares Estrabon (III 5, 2-6) afirma: «Estas son las islas en la parte de acá de las Columnas de Heracles. Juntos a las Columnas hay dos islitas, de las cuales una se llama isla de Hera. Y algunos creen que éstas son las Columnas». Ahora no viene el caso detallar que yo creo que las Columnas de Heracles, y por consiguiente, la isla de Hera, estuvieron primeramente situadas junto a cabo de Palos,

(4) C. García Gual: *Jasón y Medea. El mito y su tradición literaria*, Habis 2, Universidad de Sevilla, 1971, pág. 86.



evolucionando —igual que el Océano— hacia occidente, al compás de los nuevos conocimientos.

EL CONCEPTO DE HERODOTO SOBRE EL OCEANO

Deberían analizarse cuidadosamente los conceptos contenidos en la Historia de Herodoto: ofrece datos muy interesantes que permiten observar el punto de vista de los autores antiguos sobre múltiples temas, y el ángulo de visión personal de este autor sobre los conceptos transmitidos por la tradición a través de los mitos. La actitud crítica —unas veces afortunada y otras no tanto— del Padre de la Historia, cuando se refiere a los mitos y narraciones poéticas, es evidente. Veamos, por ejemplo, su opinión sobre el Océano.

Habla primeramente del Atlántico diciendo (Herodoto I, 201): *«El mar en que navegan los griegos y el que está más allá de las columnas de Hércules, y llaman Atlántico, como también el Erithreo, vienen todos a ser un mismo mar»*. Ahora bien, habría que preguntarse: ¿Se refiere Herodoto al Atlántico que hoy conocemos con este nombre? ¿Identifica el Océano con el Atlántico actual? ¿Es para él el Océano únicamente una elucubración poética, un río mítico? Pues al hablar del Nilo, Herodoto (II 21-23) dice lo siguiente: *«La otra opinión, aunque más ridícula y extraña... supone que el Nilo procede del Océano... y que el Océano gira fluyendo alrededor de la tierra... El que haga proceder aquel río del Océano, no puede por otra parte ser convencido de falsedad con la sombra de la mitología. Protesto a lo menos que ningún río conozco con el nombre de Océano. Creo, sí, que habiendo dado con esta idea el buen Homero o alguno de los poetas anteriores, se lo apropiaron para adorno de su poesía»*.

Es evidente que Herodoto siempre tiene la valentía de expresar su opinión y sus dudas —*«dejemos cantar a Homero, y mentir a los versos ciprios, que no es poeta quien no sabe fingir»* (Herodoto II, 118)— su escepticismo está clarísimo cuando habla del Océano o de Hércules, por ejemplo (Herodoto IV, 8): *«Cuentan que Hércules, al volver con los bueyes de Gerión llegó al país que habitan al presente los escitas, entonces despoblado; añaden que moraba fuera del Ponto o Mediterráneo en una isla vecina a Gades, más allá de las Columnas de Hércules, llamada por los griegos Erithrea, y situada en el Océano; y que este Océano, empezando al Levante, gira alrededor del continente; es todo lo que dicen sobre su palabra sin confirmarlo realmente con prueba alguna»*.

Indudablemente, llamar «río» al Océano es un concepto ya superado en tiempos de Herodoto y no se da cuenta de que el «río Océano» —padre



de tantos otros ríos mediterráneos según la mitología— es el Mediterráneo que empezaba «al Levante»: en consecuencia, busca las pruebas de un «verdadero río» llamado Océano. Se ríe de los que dicen que el Océano gira alrededor de la tierra y sin embargo, él mismo dice que tanto el Atlántico como el Erithreo «vienen a ser todos un mismo mar».

¿Qué idea tiene Herodoto sobre el mar Erithreo? Oigamos lo que dice (Herodoto II, 11): «*En la región de Arabia, no lejos del Egipto, existe un golfo larguísimo y estrecho, el cual se mete tierra adentro desde el mar del Sud o Erithreo; golfo tan largo que, saliendo de su fondo y navegándole a remo, no se llegará a lo dilatado del Océano hasta cuarenta días de navegación*». A continuación, como tantas veces, Herodoto expresa una opinión personal: «*Un golfo semejante a éste imagino que debió ser el Egipto que desde el mar Mediterráneo se internara hacia la Etiopía, como penetra desde el mar del Sud (Erithreo) hacia la Siria aquel golfo árabe... Poco faltó, en efecto, para que estos dos senos llegasen a abrirse paso en sus extremos, mediando entre ellos una lengua de tierra harto pequeña que los separa... Mi idea por cierto es que en los últimos diez mil años que precedieron a mi venida al mundo, con el poso de algún río debió quedar cubierta y cegada una parte del mar*».

En resumen: según Herodoto, después de navegar cuarenta días por el mar Erithreo se alcanza el Océano. Por consiguiente, si el Atlántico y el Erithreo vienen a ser «un mismo mar», este Océano «intermedio» entre ambos ¿no sería también un mismo mar? A pesar de sus conocimientos y su escepticismo sobre los mitos, Herodoto viene a expresar el antiguo concepto sobre el Océano, ese río mítico que circundaba la tierra (¿Antes de que «con el poso de algún río» quedara cegada «una parte del mar»?).

Los Argonautas, escribe Píndaro (Pit. 4.^a) «*bogaron a través de las olas del Océano y del Mar Rojo (¿Erithreo?)*», comentando el traductor (5) la «extraña geografía de los griegos». No resulta tan extraña si pensamos que el «Océano» era el Mediterráneo, según Herodoto el «mismo mar» que el Erithreo o Mar Rojo: es un concepto lógico atendiendo el punto de vista de los antiguos griegos que, indudablemente, conocían el occidente mejor de lo que nos imaginamos actualmente.

Lo que sucede es que los términos utilizados por los antiguos griegos han cambiado de sentido actualmente dejándonos desconcertados. Por ejemplo, los terroríficos «monstruos» del Océano —vulgares peces, pero más abundantes que hoy probablemente— desconciertan a los científicos

(5) Píndaro y otros líricos griegos, ed. Porrúa, núm. 248, México, 1978, traducción de Agustín Escasans.



actuales. Sin embargo, Herodoto (VI 44) habla en tiempo de Darfo, de los «*monstruos marinos*» que se comieron a los náufragos de la armada naval: las naves sufrieron un descalabro al levantarse un impetuoso viento Bóreas cuando intentaban remontar «*el cabo del monte Atos*» en Grecia. ¿Hemos de suponer —debido a los «*monstruos marinos*» citados por Herodoto— que se trataba de un mar desconocido? ¿Por qué pensar entonces, que cada vez que se citan los «*monstruos*» del Océano, se trata de una elucubración poética?

El viejo tópico acuñado por Schulten —a quien tanto debemos a pesar de todo— sobre el desconocimiento geográfico de los antiguos, es repetido sin profundizar por la mayoría de investigadores, sin recordar que incluso Anacreonte cita Tartessos (Estrabon III, 2, 14) y también Cádiz, al parecer, escribiendo: «*Que acierte a nombrar los de Cádiz (6) que yace en el Poniente*». Ciertamente, en opinión de Píndaro (Nem. 3.^a) «*no es fácil empresa penetrar en el mar inexplorado, más allá de esas columnas que levantó el héroe divino... después de haber domado a los monstruos del mar y explorado los bajos fondos, se detuvo en el punto extremo que invita al regreso y fijó los límites de la tierra*». Diciendo también Píndaro (Nem. 4.^a): «*No puede navegarse al occidente del estrecho de Gades*», frase que ha inducido a suponer cierto desconocimiento de las costas ibérica —y un imaginario cierre del Estrecho por los cartagineses— sin pensar que, en todo caso, se refiere Píndaro a la navegación «*al occidente de Gades*». El hecho es que existían conocidas dificultades que perduran actualmente, pues el cruce de Gibraltar es incluso hoy un punto difícil.

LOS HIPERBOREOS

Si profundizamos un poco, vemos que cuando un autor posterior expresa sus dudas sobre la existencia de remotos pueblos o gentes para ellos desconocidos, se debe —en la mayoría de los casos— a un cambio de denominación de los pueblos que habitaban el occidente. Por ejemplo, se denominaron «*hiperbóreos*», generalmente, una serie de pueblos que más tarde fueron llamados «*celtas*»: los que utilizaban y conocían ya esta última denominación, suponían que los antiguos hiperbóreos tenían que estar «*más allá*» de los pueblos que ellos conocían como celtas, en consecuencia, no hallaban el camino para llegar hasta ellos e incluso dudaban de su existencia. Incredulidad que, en el caso de Herodoto, está motivada por una serie de mitos inconcebibles para su mente científica.

Píndaro (Pit. 10.^a) escribe: «*Más allá vive el pueblo de los Hiperbóreos;*

(6) Píndaro y otros líricos griegos, obra citada, pág. 176.



ningún mortal, ni por mar ni por tierra, puede encontrar el camino maravilloso que lleva a las ciudades de estos pueblos. Solamente el héroe Perseo compartió sus festines». Debemos recordar que Hesíodo (Teg. 280) vincula al rey tartesio, Crisaor, con Perseo en su expedición al occidente de donde trajo la cabeza de la Gorgona: al regreso, Perseo, no queriendo reinar en Argos por haber matado a su abuelo, fundó Micenas.

Nos transmite Herodoto (IV 13-16) lo que contaba sobre los hiperbóreos Aristeas «poeta de profesión»: «Decía que por inspiración de Febo había ido hasta los isedones, más allá de los cuales añadía que habitaban los arimaspos, hombres de un solo ojo en la cara; y más allá de éstos están los grifes que guardan el oro del país; y más lejos que todos habitan hasta las costas del mar los hiperbóreos. Todas estas naciones, según él, exceptuando solamente los hiperbóreos, estaban siempre en guerra con sus vecinos, habiendo sido los primeros en moverla los arimaspos, de cuyas resultas éstos habían echado a los isedones de su tierra, los isedones a los escitas de la suya, y los cimeros que habitaban vecinos al mar del Sur, oprimidos por los escitas, habían desamparado su patria... Baste lo dicho acerca de Aristeas. Y volviendo al país de que antes iba hablando, nadie hay que sepa con certeza lo que más arriba de él se contiene. Por lo menos no he podido dar con persona que diga haberlo visto por sus ojos, pues el mismo Aristeas, de quien poco antes hice mención, en hablando como poeta, no se atrevió a decir en sus versos que hubiese pasado más allá de los isedones, contentándose con referir de oídas lo que pasaba más allá, citando por testigos de su narración a los mismos isedones».

Más adelante, Herodoto (IV 27) repite lo de los hombres con un solo ojo: «De la región que está sobre los isedones dicen éstos que es habitada por hombres monóculos, y que en ella se hallan los grifes «guarda-oros». Esta fábula la toman de los isedones los escitas que la cuentan, y de éstos la hemos aprendido nosotros, usando de una palabra escítica al nombrarlos arimaspos». Señalando también Herodoto (IV 32): «Nada dicen de los pueblos hiperbóreos ni los escitas ni los otros pueblos del contorno, a no ser los isedones, quienes tampoco creo que nada digan, pues nos lo repetirían los escitas, así como nos repiten lo de los monóculos. Hesíodo, con todo, habla de los hiperbóreos, y también Homero en los «Epígonos», si es que Homero sea realmente autor de tales versos».

Después de una larga digresión, muy interesante para comprender las relaciones entre lejanos pueblos como los hiperbóreos —señala que enviaban sus ofrendas «entregándolas a sus vecinos» pidiéndoles que las pasasen «a otra nación, y así corriendo de pueblo en pueblo» llegaban a



Delos— termina Herodoto (IV 36) diciendo: «Creo que bastará lo dicho acerca de los hiperbóreos, pues no quiero detenerme en la fábula de Abaris, quien dicen era de aquel pueblo... Yo deduzco que si hay hombres hiperbóreos; es decir, más allá del Bóreas, los habrá también más allá del Noto o hipernotios. No puedo menos de reír en este punto viendo cuántos describen hoy día sus globos terrestres, sin hacer reflexión alguna en lo que nos exponen; pintan la tierra redonda, ni más ni menos que una bola sacada del torno; hácennos igual el Asia con la Europa. Voy, pues, ahora a declarar en breve cuál es la magnitud de cada una de las partes del mundo». Pasemos nosotros también a conocer la Europa de Herodoto.

LA EUROPA DE HERODOTO

«Mucho me maravillo —dice Herodoto (IV 42)— de aquellos que así dividieron el orbe, alindándolo en estas tres partes: Libia, Asia y Europa; siendo no corta la desigualdad y diferencia entre ellas; pues la Europa, en longitud, hace ventaja a las dos juntas, pero en latitud no me parece que merezca ser comparada con ninguna de ellas. La Libia se presenta a los ojos en verdad como rodeada de mar, menos por aquel trecho por donde linda con el Asia. Este descubrimiento se debe a Neco, rey del Egipto, que fue el primero, a lo que yo sepa, en mandar hacer la averiguación... despachó en unas naves a ciertos fenicios, dándoles orden que volviesen por las columnas de Hércules al mar Boreal o Mediterráneo, hasta llegar al Egipto. Saliendo, pues, los fenicios del mar Erithreo, iban navegando por el mar del Noto... pasados dos años, al tercero, doblando por las columnas de Hércules, llegaron al Egipto».

Más tarde dice Herodoto (IV 45): «Respecto de la Europa, nadie ha podido averiguar si está o no rodeada de mar por el Levante, si lo está o no por el Norte; sábese de ella que tiene por sí sola tanta longitud como las otras dos juntas (Libia y Asia)... Más de la Europa nadie sabe si está rodeada de mar ni de dónde le vino el nombre... a no decir que lo tomase de aquella Europa natural de Tiro... La dificultad está en que se sabe que Europa no era natural de Asia, ni pasó a esta parte del mundo que ahora los griegos llaman Europa, sino que solamente fue de Fenicia a Creta y de Creta a Licia. Pero basta ya de investigaciones, y sin buscar usanzas nuevas, valgámonos de los nombres establecidos».

Siempre sincero, confiesa Herodoto (III 115): «De la parte extrema que en la Europa cae hacia Poniente, confieso no tener bastantes luces para decir algo positivo. No puedo asentir a lo que se dice de cierto río llamado Eridano (se supone que es el Ródano actual) que desemboca en



el mar hacia el viento Bóreas, y del cual se dice que nos viene el electro, ni menos saldré fiador de que haya ciertas islas llamadas Casitéridas de donde proceda el estaño; pues en lo primero el nombre mismo de Eridano, siendo griego y nada bárbaro, clama por sí que ha sido hallado y acomodado por alguno de los poetas; y en lo segundo, por más que procuré averiguar el punto con mucho empeño, nunca pude dar con un testigo de vista que me informase de cómo el mar se difunde y dilata más allá de Europa; de suerte que a mi juicio el estaño y el electro nos vienen de algún rincón muy retirado de la Europa, pero no fuera de su recinto».

Herodoto (I, 163) conoce Tartessos —cita incluso la «comadreja» de Tartessos (IV 192)—, Iberia, Tyrrenia: ¿Cómo explicar que no sepa nada del Eridano (Ródano)? Yo creo que le confundió el hecho de que desembocaba «hacia el viento Bóreas»: es decir, creyó que sería un río para él desconocido que desembocaba «en el Norte de Europa», fuera de los límites que él conocía, se hundía en lo fabuloso. No se da cuenta que él mismo llama *mar Boreal* (IV 42) —probablemente tomado de una fuente egipcia— al Mediterráneo. Es decir, que el Norte o Bóreas, cambia según el que escribe.

«Por el lado del Norte —dice Herodoto (III 116)— parece que se halla en Europa copiosísima abundancia de oro, pero tampoco sabré decir dónde se halla, ni de dónde se extrae. Cuéntase que lo roban a los grifos los monóculos arimaspos; pero es harto grosera la fábula para que pueda adoptarse ni creerse que existan en el mundo hombres que tengan un solo ojo en la cara, y sean en lo restante como los demás. En suma, paréceme acerca de las partes extremas del continente, que son una especie de terreno muy diferente de los otros, y como encierran unos géneros que son tenidos acá por los mejores, se nos figura que allí son todo preciosidades».

Es evidente que Herodoto establece una clara distinción entre poesía e historia. Está más cercano al concepto actual sobre la distinción que se establece entre ambos términos, y en consecuencia, desprecia el valor histórico de la antigua poesía griega. Es una lástima que el Padre de la Historia —a quien tantas veces se le ha criticado su credulidad— no estuviera mejor dispuesto a aceptar los conceptos históricos contenidos en los antiguos mitos: sin abandonar su actitud crítica, pero poniéndose en el lugar del que escribió, podía haber hallado una explicación a las cuestiones que investigaba con tanto empeño.

Herodoto conoce Marsella (V 9), Tartessos —de donde se importaba el estaño según otras fuentes antiguas—, citando incluso a Argantonio, el rey tartesio que tan bien acogió a los foceos. ¿Cómo explicar que no sea



más explícito respecto a las costas ibéricas? Creo que la solución a este problema nos la da una frase suya muy clara; escribe Herodoto (VI, 55): «Yo quiero solamente decir lo que otros no dijeron».

Como dije, en otras fuentes antiguas se asegura que el estaño se importaba de Tartessos, sin embargo, Plinio (XXXIV, 156-158) afirma que los griegos «propalando la fábula» decían que el estaño se extraía de «ciertas islas del mar Atlántico» transportándolo «en embarcaciones de mimbre revestido de piezas de cuero cosidas»: lo que parece indicar una navegación fluvial —concentrándose en Tartessos para la exportación— utilizando, tal vez, el mismo sistema descrito minuciosamente por Herodoto (entre Armenia y Babilonia) calificándolo como «la mayor de las maravillas».

Nos dice Herodoto (I, 194) que los barcos en que navegan río abajo hacia Babilonia los habitantes de Armenia, son de figura redonda y «están hechos de cueros»: fabrican las costillas del barco «con varas de sauce» y por la parte exterior las cubren extendiendo sobre ellas unas pieles que sirven de suelo. Una vez cargado el buque «le echan al agua y dejan que se vaya río abajo» gobernándolo dos hombres en pie «por medio de dos remos a manera de palas». Según Herodoto se construyen «unos muy grandes y otros no tanto; los mayores suelen llevar una carga de cinco mil talentos». Una vez despachada la carga en Babilonia, pregonan para la venta el armazón del barco, después de venderlo, cargan «en sus jumentos los cueros, y parten con ellos para la Armenia, porque es del todo imposible volver navegando río arriba a causa de la rapidez de su corriente». Señalando Herodoto que es ésta la razón por la cual no fabrican los barcos de tablas «sinode cueros, que pueden ser vueltos con más facilidad a su país».

Otra cosa que nos ha llamado la atención en los textos de Herodoto (IV 42-45) sobre Europa, es que establece para este continente exactamente las mismas dimensiones que proporciona Platón sobre la Atlántida, que era «mayor que la Libia y Asia reunidas». Es evidente, que la posición que mantienen la mayoría de científicos actuales al considerar que la Atlántida de Platón es una ficción sin ninguna base real, no debía ser compartida por algunos autores antiguos. Para Herodoto la existencia de los atlantes es algo que no admite discusión, hasta tal punto, que él, tan crítico en otras ocasiones, da muestras de gran credulidad al señalar lo que se cuenta de los atlantes que «ni comen cosa alguna que haya sido animada, ni durmiendo sueñan jamás». ¿Qué sabe Herodoto de los atlantes? Vamos a verlo a continuación.

Describe las tribus de los libios nómadas de la costa del mar, diciendo (Herodoto, IV, 181) a continuación: «La Libia interior y mediterránea



que está sobre ellos es una región llena de animales fieros. Pasada esta tierra, hay una cordillera o loma de arenales que sigue desde Tebas de Egipto hasta las Columnas de Hércules». Curiosamente, va describiendo Herodoto (IV, 184-185) el camino desde Tebas, de diez en diez jornadas, citando distintas tribus, amonios, nasamones, garamantes, etc., diciendo que a diez jornadas de los garamantes «viven en aquellos alrededores» otros hombres «a quienes dan el nombre de Atlantes»; para Herodoto «son los hombres anónimos que yo conozca, pues si bien a todos en general se les da el nombre de atlantes, cada uno de por sí no lleva en particular nombre alguno propio»; tirando adelante «otras diez jornadas» se halla «otra colina de sal», escribiendo Herodoto: «con esta cordillera de sal está pegado un monte que tiene por nombre Atlante, monte delgado, por todas partes redondo, y a lo que se dice tan elevado, que no alcanza la vista a su cumbre por estar en verano como en invierno siempre cubierto de nubes. Dicen los naturales que su monte es la columna del cielo; de él toman el nombre sus vecinos, llamándose los atlantes». Terminando Herodoto con estas palabras: «Hasta dichos atlantes llegan mis noticias para poder dar los nombres de las naciones que viven en la cordillera de sal; pero de ahí no pasan, si bien se extiende la loma hasta las columnas de Hércules, y aún más allá».

¿Nos describió Platón en su famosa Atlántida una parte de la antigua Europa? Recordemos que el mismo Platón señala que este imperio se dividía entre «diez reyes» que gobernaban «Libia hasta Egipto y Europa hasta Tirrenia»; afirmando que él sólo describe una décima parte. Que la Atlántida de Platón no es una ficción, lo demuestra el hecho de que todavía en tiempos de Plinio (VI, 199) «háblase de una isla sita frente al monte Atlas, a la cual se la llama asimismo Atlantis»; y Mela (I, 5) sitúa a los atlantes, como Herodoto, más allá de los garamantes, en el ocaso.

Si deseamos conocer bien la «extraña geografía de los griegos», es necesario reconsiderar bajo nuevos ángulos de visión, el valor histórico de los antiguos mitos y leyendas. En ellos están contenidos los conocimientos científicos —aunque hoy no puedan llamarse verdaderamente científicos— de los antiguos griegos.

Debemos reconocer el gran acierto de Charles Morazé al escribir: «Los mitos son lo que nos dejaron narrado más de novecientos mil años de actividad prehistórica. Reconocer el lugar esencial de lo imaginario en la historia, añadir las leyendas a los anales y las obras de arte a los archivos, sirve para arrojar una luz sobre los antiguos milenios oscuros, para profundizar en las razones inspiradas en las cronologías».

